

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 311

Barcelona, 9 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

### “LOS HOMBRES QUE ASUMEN EL ACTUAL DESGOBIERNO DE FRAN- CIA-dice FE de Sevilla-SON VUL- GARES DELINCUENTES”

Obediente a la consigna del duce, la facción española ha emprendido una violenta ofensiva contra la República francesa y sus hombres representativos.

Copiamos de «F. E.», de Sevilla (27-XI-37):

«Pierre Cot, ministro del Aire, no supo sacudirse la tremenda acusación de De Kerillis de allanar secretos de guerra del ejército francés.»

«Blum es el hombre inmoral que preconiza el incesto y las más horribles perversiones eróticas en libros que justifican la prisión del autor.»

«De los depósitos de guerra del Ejército francés, una sociedad gabacha de municiones ha sacado para el gobiernillo de Barcelona material que ha costado treinta y dos millones de francos, con autorización escrita del ministro Daladier.»

«Y en cuanto al de Marina, Campinchi, de su tacto y amor a la paz puede dar fe el chulesco discurso dirigido a los marinos del «General Bonaparte», que era una amenaza de valentón a esa gran potencia, creadora de un Imperio, que, para afrontar todas las eventualidades, cuenta con la voluntad de un caudillo y con un pueblo en pie que tiene madres y tendrá, por lo tanto, soldados.»

«No podía faltarles a los que llevan las cuerdas de la tramoya un ministro del Interior de la catadura política y del jaez moral de Dormoy.»

«Es verdad que el untoso Delbos va y viene...»

«Y sobre todo este conglomerado, de mediocres o de malvados, el testafierro de ese hombre incoloro y maleable que es Chautemps, pintiparado para cabezota de un tropel de «cagoullards» desmascarados.»

«Nos honra, pues, tener enfrente a tales tipos. Sigan, sigan representando el folletín gubernamen-

tal en que nada falta, ni crímenes como el de Miller, ni robos al Tesoro francés, ni traiciones a la patria...»

Así hablan. Así hablan, al dictado de Roma, quienes reniegan de la palabra y fingen predilección por las armas. Mussolini lo dijo recientemente: antes los disparos que los discursos, antes la guerra que la conversación. Pero Mussolini que no se atreve ni a la guerra ni a la polémica, afila un arma enmohecida y rastrera. Mussolini aguja y estimula en los suyos el arcaico sentido de la calumnia. Ni discursos sinceros, ni declaraciones nobles de guerra. La política fascista, si discute miente, si combate vuelve a mentir. Ni sus palabras ni sus hechos de guerra reflejan la pura verdad. Los nuevos métodos nacionalistas reclaman una guerra disimulada y el disimulo en la intención de las frases que pronuncian sus dictadores. Los fingidos paladines de la paz invaden España, los enmascarados defensores del orden conspiran contra el estado francés guiñándose unos ojos brillantes por detrás de las capuchas que cubren sus rostros de traidores. El fascismo, régimen de audacia, prosigue depurando su táctica del crimen. La facción española se presta o se vende gustosa al juego. Los ex-generales sublevados contra el gobierno legítimo de su patria parecen haberse sublevado contra la legalidad mundial. Ya no sólo les estorba para sus planes el pueblo español, ni el gobierno del pueblo español. Les estorba Francia, el gobierno de la República vecina, el pueblo francés, la conciencia mundial, para lograr imponer sus dictados terroristas. Los diarios sumisos a un «generalísimo» sometido a Italia, escriben: «...los hombres que asumen el actual desgoberno de Francia son vulgares delinquentes.»

### ITALIA, FRANCIA Y EL ISLAM

Por ANDRÉ LEROUX

Un incidente diario: tal es la norma establecida en Roma para mantener esa tensión de ánimo, esa atmósfera de odio sin la cual el fascismo no podría «subsistir».

Hace unos días, fué el discurso de Campinchi «inventado desde el principio hasta el fin»: anteayer, fueron los propósitos atribuidos al señor Herriot por un periódico de Roma, en una información «falsa en su conjunto y en sus detalles»; y ayer fué el editorial del «Popolo d'Italia», en el cual Mussolini expresó su convicción insolente de la absoluta impunidad del eje Berlín-Roma-Tokio de los agresores.

En este artículo, en que anuncia la desaparición definitiva de toda seguridad colectiva, Mussolini acusa a las tres grandes democracias, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, de preparar la asfixia económica de las potencias autoritarias para llevarlas así a una guerra.

«Lo que fermenta—escribe el duce—en el vientre obeso de las democracias, es la estrangulación económica, la asfixia, el bloqueo y el hambre para los pueblos que no comen cinco veces al día. A la guerra económica amenazadora, al bloqueo y al hambre, los pueblos dignos de este nombre están obligados a con-

testar de la única manera posible: con la preparación íntegra de los espíritus y de las armas.» Mussolini asegura que los italianos, ante el dilema: mantequilla o cañones, han escogido ya: los cañones.

Observemos, de paso, que esta afirmación, falsa en sí misma—pues los italianos, si pudieran escoger con libertad, no harían seguramente la elección que les impone Mussolini—, contradice todo el resto del artículo, ya que la alternativa no está entre el cerco económico y el cañón, sino entre la «mantequilla y el cañón».

La Italia fascista tiene para elegir una política de colaboración económica con los demás países que puedan elevar el nivel de vida del pueblo italiano, y una política de prestigio y de guerra que la obligue a las más duras privaciones y la exponga a los mayores peligros.

El fascismo italiano elige el cañón porque así lo quiere y no porque le hayan obligado a ello. Lo escoge por razones políticas y no económicas o, si se quiere, por razones económicas que son consecuencia de su propia política.

El «cerco económico» no es sino un auto-cerco específico de una economía para la cual los japoneses ac-

(continúa en la página siguiente)

Lo que quiero afirmar aquí, es que la guerra de España no es ya una guerra civil entre españoles, ni es, tampoco, una verdadera guerra internacional. Es la lucha de España contra la guerra, venida de fuera e instalada sobre su suelo,

y esta lucha viene a ser ante todo, por esto mismo, porque es una resistencia, la más estoica afirmación de la alegría y de la vida.

(«Al volver de España. Un testimonio», de André Chamson. - Léase en tercera plana).

### Kindelán dirige una alocución a los aviadores «legionarios»

París, 4.—La prensa fascista italiana publica la siguiente orden del día, firmada por el comandante de la aviación fascista, Kindelán y dirigida a los pilotos de la «aviación legionaria», es decir, italiana:

«Valientes pilotos de las escuadrillas legionarias, orgullo magnífico del viejo árbol secular, heroicos camaradas siempre animosos: La victoria os acompaña como la sombra al cuerpo. Para vosotros la muerte es sólo un acicate; el enemigo es el elemento indispensable para vuestro triunfo. Durante los días que Dios me deje vivir aún, serán para mí un recuerdo inolvidable y honroso los meses de esta colaboración en defensa de nuestra civilización. En el grito de ¡Viva la aviación legionaria!, se concentran todo mi cariño, mi gratitud, mi admiración y todos los otros ¡vivas! que vuestra intuición sabrá adivinar: ¡Viva el «duce»!, etc.»

### MIL CAÑONES ITALIANOS, DESEMBARCADOS EN CADIZ

Gibraltar, 5 diciembre.—Durante toda la semana ha reinado una actividad febril con motivo del transporte de tropas y material de guerra a la España rebelde con miras a la próxima ofensiva de Franco, la cual, según se complacen en declarar los fascistas, «decidirá el resultado de la guerra».

Los moros son traídos de Ceuta a Algeciras a bordo del «Ciudad de Algeciras», a razón de unos 500 por día.

Pero ayer circularon en Algeciras persistentes rumores de que las reservas de tropas moras de Franco están agotadas. En efecto, las últimas fuerzas llegadas de Marruecos están constituidas por muchachos muy jóvenes.

A fines de la semana pasada llegó a Cádiz un convoy de barcos mercantes, con carga de material de guerra italiano. El navío «Gantuli» y los vapores «Marqués de Comillas» y «Domine», armados cada uno con cuatro cañones de cuatro pulgadas y cañones antiaéreos, llegaron el 2 del corriente a Cádiz, escoltados por tres «destroyers» italianos y dos submarinos alemanes.

Inmediatamente después de que los barcos se hubieron colocado a lo largo del muelle del arsenal Matagorda, se procedió a descargarlos. Unos 1.000 cañones y 10.000 toneladas de material de guerra (tanques, ametralladoras, fusiles, municiones, camiones y gran cantidad de cascos de acero) fueron desembarcados y en seguida cargados en camiones y vagones que esperaban en el mismo muelle, y emprendieron inmediatamente la marcha.

Todo este material está, según parece, destinado a los frentes de Aragón, Pozoblanco y Granada.

### Muchos soldados «del» general Franco entran en relación con soldados del ejército republi- cano y los jefes nacionalistas ordenan que sean ametrallados

Hendaya, 5 diciembre.—A consecuencia de la prolongada suspensión de operaciones en los frentes españoles, muchos soldados del general Franco han entrado en relación con soldados de los ejércitos gubernamentales.

Los jefes nacionalistas han recibido la orden de reprimir severamente esas tentativas de fraternización y abrir fuego de ametralladora contra los grupos formados de esta manera, por soldados de los dos ejércitos.—Agencia Fournier.

(«L'Euvre», 6-XII-37)



## ITALIA, FRANCIA Y EL ISLAM

(Continuación)

ban de forjar una expresión nueva: «Economía de semiguerra».

En 1934, en el discurso pronunciado ante la asamblea de las corporaciones, Mussolini explicó que el Estado italiano tenía ya «en su poder las tres cuartas partes de la industria y de la agricultura», y que se iniciaba para el pueblo italiano un período de sacrificios y de escasez. En este momento no se trataba en absoluto de ningún «cerco», y ya toda la economía italiana estaba impulsada en el sentido de la estatización y de la autarquía.

Mussolini preparaba la guerra de Etiopía...

La coartada que busca en su artículo del «Popolo d'Italia» y que toda la prensa difunde, tiene un retraso de cerca de cuatro años.

El fin de esta campaña, de estas campañas sucesivas, es muy claro: búscanse pretextos para crear un determinado estado de ánimo y sobre todo para ocultar las maniobras italianas en el mundo árabe. Mussolini, que no ignora que su actuación es seguida con ansiedad creciente por Inglaterra y Francia, toma la delantera y prepara su expediente...

Italia prosigue con método su campaña de excitación en todos los países musulmanes, desde Palestina hasta Marruecos. En un artículo reciente de la revista «Affaires Etrangères», se puede leer a este respecto: «Es un hecho evidente que la propaganda italiana multiplica de una manera enorme sus esfuerzos en todos los países de lengua árabe, particularmente en Levante. Esta propaganda utiliza los más diversos métodos: radio, cine, becas para estudiantes, viajes gratuitos, subvenciones a veces muy importantes, nombramientos de sacerdotes italianos para determinados

puestos particularmente influyentes, nombramientos que permiten al gobierno de Roma estar tan bien informado como el Vaticano de los acontecimientos que interesan a Oriente; y, por último, como sucedió en las recientes matanzas de Amán, en el Alto Djézirek, promesa de apoyo a los pueblos sublevados».

Italia no se molesta en operar en territorio francés. Tenemos delante de los ojos un folleto en lengua árabe, impreso en Roma, con muchas fotografías del último viaje a Libia de Mussolini, «protector del Islam!».

El folleto hace comparaciones tendenciosas entre la situación de los musulmanes de Libia y los de Argelia, Túnez y Marruecos. Es inútil decir que la comparación concede toda la ventaja al régimen fascista.

Este folleto se distribuía tranquilamente merced a la intervención del vice-cónsul italiano en Orán. Otros funcionarios lo hicieron circular por toda el África del Norte. El vice-cónsul mencionado ha sido trasladado, a petición del gobierno francés, porque fué sorprendido en el momento en que trataba de hacer desertar a un sargento de la Legión para que se alistase en las filas de Franco.

Este episodio es típico de toda una situación y de toda una actividad: en los núcleos de población árabe se moviliza la red consular italiana para realizar los fines de provocación y excitación sediciosa que persigue el gobierno de Roma.

He aquí por qué Mussolini hace actuar a su prensa contra Campinchi y contra Herriot y por qué chilla contra el cerco económico.

ANDRÉ LEROUX

(«Le Populaire», 4-XII-37.)

## En Abisinia no se puede implantar la colonización italiana

Un comentario de «Giustizia e Libertà»

El diario italiano antifascista «Giustizia e Libertà» publica el siguiente comentario:

«Algunos incautos llegaron a creer en Italia que la fácil victoria de Abisinia serviría para aplacar las pasiones morales y materiales del fascismo, pero pronto han sufrido una terrible desilusión al ver que ningún pacto ha podido justificar los sufrimientos, las atrocidades y los grandes dispendios que ha ocasionado la conquista de aquel territorio. El Imperio no ha aportado ningún beneficio al país; es solamente una invocación retórica, teatral, que sólo sirve para llenar el rimbombante son de la ceremonia oficial. Ahora ya nadie cree que de aquel país, en donde continúa implacable la guerra de guerrillas, se pueda sacar ningún provecho de riqueza de cara a la implantación de una colonia italiana.

Los mismos jerarcas del régimen confiesan el fracaso de las promesas anunciadas por el fascismo en el momento de la primera expedición. La mayoría del pueblo italiano ya no habla de la empresa etiópica más que de una manera vaga y olvidada. Por lo que se refiere a España, sabe bien el fascismo que tampoco cuenta con la voluntad del pueblo italiano. Ni los mismos sectores de la burguesía ha sido bien acogida la política de intervención en España.»

(«Las Noticias», Barcelona, 7-XII-37.)

mino de la rendición, o vamos a defender la libertad del Mundo?

¿Os habéis dado cuenta de cómo Franco se ha unido a ese pacto? Ello le da un significado. Franco ha reconocido lo que está haciendo el Japón; el Japón reconoce lo que está haciendo Franco. Ya está aliado a los otros dos dictadores. Si gana—y Alemania e Italia hacen lo que pueden para darle la victoria, mientras nosotros empleamos nuestros esfuerzos en hacer imposible que los demás luchen por la libertad de España—, si gana, tendréis cuatro grandes potencias dictatoriales: Alemania, Italia, el Japón y España. Otro dictador se unió a ellos ayer; el Presidente del Consejo de Yugoslavia. La dictadura está ganando. La democracia resiste y los dirigentes de la democracia retroceden cada vez más en vez de mantenerse firmes.

El señor Lloyd George dijo que no había que considerar estas conversaciones con Alemania y la correspondencia secreta con Italia como si sólo se tratara de lo que fuese a ocurrir en Checoslovaquia o de la tierra africana que hubiera de transferirse a Alemania. Su alcance es mucho mayor. Están en juego la libertad, la democracia y los derechos internacionales. Sus enemigos aumentan en fuerza, en audacia y en temeridad. Esta es hoy la situación dominante en el mundo, y si ha de comenzarse un proceso de pacificación debe hacerse sobre la base del reconocimiento absoluto de los hechos y estudiar la manera de enmendarlos.

### LAS CONVERSACIONES ANGLO-FRANCESAS

Refiriéndose a la visita de los ministros franceses a Londres, Mister Lloyd George preguntó: «¿Cuál es el objetivo de estas conversaciones? ¿La paz? ¿Cuál es el precio? ¿Cuál es la respuesta? Ninguno de ellos la conoce; ninguno de ellos la ha pensado. Dejád al pueblo que la piense por ellos antes de que firmen cualquier cosa que dé al traste con el derecho internacional y con la libertad del mundo.»

Cuando Mr. Neville Chamberlain empezó esta política dijo que su objetivo era disipar sospechas y temores. ¿Los temores y las sospechas de quién? ¿Qué temores y qué sospechas? Italia, Alemania y el Japón no podían imaginar que nosotros íbamos a hacer contra ellos una guerra de agresión. Con toda seguridad, Francia no tenía tales intenciones. ¿Cuáles eran los temores? ¿Qué sospechaban? Abisinia no iba a invadir a nadie. «En la selva interna-

cional ocurre lo mismo que en la selva natural. En ambas hay dos clases de animales: unos que devoran y otros que son devorados. ¿Formaba parte de la misión de paz extender «el terror de los animales que devoran cuyo único miedo es que su presa se les escape?»

«El destino del mundo depende de lo que hayamos de hacer—añadió Lloyd George. Aun tenemos alguna autoridad en el mundo y aun somos un imperio poderoso. Todavía tenemos la mayor flota de Europa.» En Berlín se piden colonias, pero no tienen intención de dar nada por ellas. Todo lo que dicen es que esas colonias les pertenecen de derecho. Bien está que nosotros hagamos concesiones, pero que también se nos hagan a nosotros, en interés de la paz. La paz debe ser justa para que sea duradera y permita a las naciones dirigir su propia vida y cumplir sus deberes sin angustia y sin temor a que algún monstruo se les eche encima.

### POLÍTICA COBARDE

Hablando de las rutas de la Gran Bretaña advierte Lloyd George que podrían quedar cerradas en caso de guerra.

«Nos estamos colocando en una situación que es peligrosa y puede ser desastrosa si tenemos que luchar de nuevo en Europa, como en 1914 por el Derecho Internacional, pues los factores que entonces estaban a nuestro favor están ahora en contra como resultado de nuestra política descuidada y cobarde de los últimos años.

En el supuesto de que un gobierno liberal o laborista hubiera permitido esto, toda la prensa conservadora desataría su cólera contra lo que consideraría como una traición a los intereses británicos. Habría escándalos en la Cámara de los Comunes, y la indignación sería tal en el país que el Gobierno no la resistiría. No es sólo traicionar a la democracia mundial, es traicionar a la Gran Bretaña y a sus intereses, para decir lo menos. Alemania, Italia y el Japón sabían perfectamente que una vez terminada su labor en España y embotellado el Mediterráneo, la Gran Bretaña estaría en peligro y no se atrevería a luchar.

«Hago un llamamiento a los pueblos de los países democráticos de la tierra—terminó Lloyd George—para que se mantengan firmes y protejan la libertad contra el puñal de sus asesinos.»

(«The Manchester Guardian», 3-XII-37.)

## Los tribunales ingleses fallan a favor del Gobierno de la República en la cuestión de los barcos embargados

París, 6. — «Le Figaro» publica una información de Londres, retransmitida desde Bruselas, en la cual se anuncia que los tribunales ingleses han dado la razón al Gobierno español en el asunto de los 36 barcos cargados de material por valor de seis millones de libras, que habían salido de Bilbao y de Santander antes de la caída de estas ciudades. Los facciosos habían reclamado los barcos y su carga, pero los tribunales han decidido que tanto ésta como los buques pertenecen al Gobierno español legalmente constituido.

## Mr. Lloyd George habla del desafío de las potencias fascistas ¿Debe rendirse la democracia o defender su libertad?

Mr. Lloyd George, hablando en Caxton Hall, Londres, el 2 de diciembre, dijo que la Sociedad de Naciones «ha sido atacada de parálisis; su lado derecho está inerte, su brazo derecho, imposibilitado y su voz es débil, ininteligible. Ha quedado arrinconada en su gran Palacio de la Paz de Ginebra, sin que nadie la consulte ya, sin que nadie la aluda».

Pronunció su oración en un «meeting» de los Concejos locales, al cual asistieron diputados de todos los partidos. Cuatro grandes mapas de la India, China, Europa y del mundo fueron colocados sobre atriles, y Lloyd George con un puntero señaló en ellos algunas alusiones de su discurso.

Al tratar de la «muy grave situación internacional», dijo que había empeorado durante los últimos años. «Con franqueza, ha empeorado desde que el actual Gobierno ocupó el Poder. Desde que terminó la guerra, no he conocido una situación tan grave».

«La agravación que se ha operado en los últimos años—continuó—hay que atribuir, en gran parte, a la manera siniestra, poderosa y resuelta como se ha manejado la cuestión internacional por los Estados militarmente fuertes, que son enemigos francos y declarados de la libertad y de los gobiernos democráticos; y, por otro lado, a la forma débil, vacilante y pusilánime en que aquéllos han sido tratados por los Estados adheridos aún a los principios de una democracia libre».

### ESFUERZOS POR LA PAZ, SIN LA S. DE N.

«Háblase ahora de hacer un esfuerzo en pro de una pacificación general. No se menciona a la S. de Naciones. No se la ha mentado para no ofender. Y si alguien oyó el resumen de la prensa italiana que dió la radio anoche, sabrá que esa prensa se regocija de la repulsa dada a la S. de N.»

A continuación, Mr. Lloyd George dijo: «Lord Halifax fué a Alemania para ver los venados del general Goering. No tiene importancia mientras las intenciones sean honradas. ¿Pero por qué hacer tanto ruido? Si se quiere hacer la paz con Alemania—y yo haría la paz con Alemania y con cualquier otro país siempre que fuera en términos honrosos—, ¿por qué no decirlo públicamente? No es una cosa para avergonzarse. Ahora vamos a hacer un gran esfuerzo para apaciguar al mundo, sin la S. de N. No me opongo a que se haga la paz con Alemania—he estado pidiéndolo años enteros—, siempre que sea una paz con honor.»

Deberían haberla hecho basándola en el desarme cuando Brüning ofreció resolver toda la cuestión de los armamentos sobre la base de un ejército de 200.000 hombres para Alemania, siempre que las demás naciones redujeran sus fuerzas. Mister Lloyd George hubiera llegado a un acuerdo con Hitler sobre la base de 300.000 señalada por éste, siempre que las demás naciones desarmaran

en la misma proporción; y ya pidió en la Cámara de los Comunes que se estudiase la cuestión de otorgar a Alemania un mandato sobre algunas colonias que le fueron arrebatadas. Sugirió entonces que había algunas naciones que tenían grandes posesiones coloniales—Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Portugal y Holanda—, y que, realmente, no podía dejarse a una gran nación como Alemania sin dominio en algunos de los países tropicales.

### EL RETRASO HA COSTADO CARO

«Entonces yo era partidario de eso. Lo soy ahora. Pero sólo sobre la base de una reconciliación general en todos los puntos y en términos honrosos para todas las partes.»

«Las potencias autocráticas son hoy infinitamente más poderosas que entonces. Hemos perdido con el retraso más de lo que puede computarse. La historia dirá. De nada sirve pretender ignorar el desafío que ha ido desarrollándose en los dos o tres años últimos, el nuevo frente formado por tres de las mayores potencias agresoras, potencias ambiciosas, con grandes designios que comprenden el saqueo de sus vecinos, unidas y juramentadas a ayudarse mutuamente, enemigos declarados de la libertad.»

Es un factor nuevo y formidable. Si ha de hacerse la paz con ellas, hay que estudiar atentamente en qué condiciones. ¿Vamos a seguir el ca-



# AL VOLVER DE ESPAÑA.

# UN TESTIMONIO

Por ANDRE CHAMSON

## Mentiras de la guerra Realidades de la guerra

(Continuación)

He querido decir de una vez lo que hemos visto con nuestros propios ojos, entre la población civil de España, abandonada a la matanza desde hace meses. Un testimonio que prolongan con sus testimonios mudos millares de niños huérfanos, de mujeres asesinadas.

Quisiera volver ahora un instante a mi experiencia personal, a la revelación de la guerra. No es que me parezca importante esbozar un análisis de mis reacciones durante los bombardeos. (Era mucha suerte no haberlos visto nunca, a mi edad, para que esta iniciación presente el mejor interés, en un mundo donde tantos seres saben demasiado bien lo que son las bombas.) Es porque pienso que somos, en Europa, millones de hombres jóvenes que llevamos en nosotros esa especie de angustia, de espera y aún de deseo que yo sentía en el fondo de mí mismo, durante la noche de Valencia en que recibí el bautismo de fuego. Si dije «el deseo» fué por afán de sinceridad, y no por dar a entender que yo no era sensible al miedo. Pero, en el miedo mismo, hay ese deseo, esa espera apasionada, esa voluntad de enfrentarse con el peligro. Quiero tratar de responder a la interrogación que indudablemente obsesiona a muchos corazones jóvenes.

Yo había creído en el valor y en el deber. He tenido miedo y he vuelto a sentirme valiente en medio del acontecimiento y a causa de él. He tenido miedo todavía. He tenido miedo cada vez que me he reflexionado o que he dejado correr mi imaginación. He recobrado mi valor cada vez que me he entregado a la fatalidad. Pero no me ha parecido que todo eso tuviera la importancia que yo le había concedido. Creí, efectivamente, que podría medirme, con ocasión de este suceso. Me he curado de esa idea. Ya no creo que el valor, esa especie de valor que reside en la insensibilidad a los peligros de la guerra, pueda revelar en nada la verdadera medida de un hombre. Sólo dan esta medida las razones por las cuales es capaz este hombre de entrar en acción. Debemos perder el respeto hacia los héroes que sirven una mala causa. En este aspecto vivimos una ideología llena de mentiras. Todo nos induce a admirar al fuerte y al valeroso, sea cual sea su lucha. Esto viene de Nietzsche y, entre nosotros, de Sorel y de Péguy. El fascismo ha encontrado ahí una de sus justificaciones. Mejor dicho, la ha robado, pero nosotros nos dejamos hacer, admitiendo esta justificación cada día, implícitamente. ¿Quién tendrá el coraje de descalificar al aviador marinero que defienden una mala causa? No admiro a los alemanes que luchan en España ni me parece que su valentía les levanta un solo grado sobre su despreciable cometido. Matando mujeres y niños, no se puede ser otra cosa que un asesino. El heroísmo verbal de los dirigentes italianos es de una clase más monstruosa todavía.

El valor de los que luchan por una causa justa no tiene nada que ver con ese heroísmo deportivo que iguala el peligro que se corre y el que se hace correr a los otros. Compromete más de lo que se centra ante sí. Oponer la voluntad de vivir a la aceptación de la muerte, y por eso puede conducir a un total desprecio de la muerte misma. Esto es lo que he visto en España. Este valor no opone a los hombres entre sí, sino al hombre frente a una fatalidad absurda y monstruosa. Quita a la guerra todas sus justificaciones humanas. La restituye a lo que integra su esencia: a la catástrofe, al cataclismo.

\*\*\*

Así se me apareció la España en lucha. No hace la guerra, en el sentido tradicio-

nal de la palabra, contra hombres diferentes, cuyo valor guerrero se debe reconocer al tiempo que se les niega su dignidad. Resiste a una desgracia cuyo origen reside, sin duda, en la voluntad de algunos hombres, pero que está hoy enteramente despojada de todo carácter humano.

Repito, una vez más, que ya no hay guerra civil en España. Para ser más preciso y tomando mis precauciones con el porvenir, afirmo que ya no había guerra civil en España a primeros de julio de 1937. Se sentía entonces que la lucha hubiera terminado en pocos días, de no tener como razón y alimento las pasiones políticas que enfrentan a los españoles entre sí. Esta afirmación no se apoya sobre una ignorancia de las contradicciones actuales en España. Mido todo lo que separa los dos campos en lucha, pero conozco la extraordinaria debilidad de la España de Franco. Conozco también las dificultades interiores de cada uno de estos dos campos, pero mi juicio se limita a traducir mi confianza en la masa del pueblo español. La violencia de la guerra que se desarrolla en España rebasa con mucho lo que exigirían las contradicciones reales del país para ser dominadas. La guerra actual, por su duración y su horror no se relaciona con esas contradicciones. Tiende, sin embargo, a hacer más difícil y más dolorosa la convivencia entre los partidos que componen los dos campos. Esta consecuencia de la disciplina de guerra se hace sentir lo mismo entre los republicanos que entre los rebeldes. Debe comprenderse que esto es un tributo de la guerra. Por lo tanto, puede decirse que esta guerra ya no es una guerra civil.

Pero si resulta inexacto llamarla guerra civil, lo es quizás también el considerarla como una guerra internacional, pues España no lucha contra unas «naciones». Lucha contra la guerra que le hacen los dirigentes de ciertas naciones y no contra las naciones mismas. Esto no arrastra los «odios nacionales» en el sentido que podía tener esta expresión en el siglo XIX o durante la última guerra. Se puede tocar música alemana, en Madrid o en Valencia, en el mismo momento en que estallan obuses, también de origen alemán.

Siento que me he entregado aquí a un dificultoso análisis en que las probabilidades de error son grandes y múltiples. Existe primeramente, de uno y otro lado, toda una fraseología inspirada por las guerras y las revoluciones del pasado, que puede engañarnos. En materia semejante los testimonios verídicos no abundan. El pueblo español posee, más que ningún otro pueblo, el pudor de sus juicios y de sus sentimientos. No obstante, he repetido en varias ocasiones una experiencia que me parece apta para definir el modo que tiene este pueblo de considerar la guerra que le hacen. Esta de-

finición me parece de capital importancia, pues nos revela un nuevo aspecto de la lucha y puede permitirnos emitir un juicio sobre el destino actual y el porvenir probable de Europa.

He observado que me era fácil despertar la ira de los españoles con quienes charlaba pronunciando ante ellos el nombre de Franco o el de otros jefes rebeldes. Esto no tenía vuelta de hoja. Pero aunque esa cólera fuese violenta, aunque, por ejemplo, en Madrid, la camarera cambiase de color oyendo nombrar a cualquiera de esos generales, comprendí bien pronto que la idea de los «rebeldes» carecía de realidad para esos españoles, cercados por la guerra. Sé muy bien que este pueblo tiene aun reservas de odio para los «señoritos» y más que odio, desprecio. Pero la idea de los rebeldes no adquiere en su espíritu suficiente realidad para coincidir con la realidad de la guerra. Evidentemente, su representación de los rebeldes permanece abstracta e irreal, o más bien sólo se enlaza con el origen de la guerra, con un tiempo ya lejano que apenas guarda relación con los acontecimientos actuales. Resumiendo este hecho en una fórmula, puede decirse que, a los ojos del pueblo español, la sublevación y la guerra no son fenómenos del mismo calibre.

En cambio, cada vez que me he encontrado ante el espectáculo de la guerra, cuando tronaba el cañón, cuando los aviones de triple faja negra, atravesaban el cielo, si he dicho: «los rebeldes», se me ha contestado siempre: «Cañones alemanes..., aviones italianos».

Porque los españoles saben diferenciar ahora los Capronis de los Junkers y distinguir las voces desiguales de las piezas de artillería. Cada vez que la guerra se convierte en un hecho concreto y tangible, este hecho implica la total desaparición de la idea de los rebeldes y la presencia, en primer plano, de la técnica alemana o italiana. Los españoles pelean contra esa técnica sin sentirse por ello arrastrados a identificar esos medios técnicos y la nación que los creó.

Sin duda, la presencia de voluntarios italianos y alemanes en las brigadas que tan poderosamente han contribuido a la defensa de la República, facilita esta disociación. Gracias a esta presencia, España sabe que no lucha contra Alemania y contra Italia, sino contra una técnica de la muerte que viene de allí. España sostiene esa lucha con admirable valor, quiero decir con un valor civil, con el valor de gentes que hacen la guerra sin que esta guerra sea para ellos un oficio, una justificación, ni un fin. Aporto este testimonio en nombre de los días que hemos vivido entre este pueblo heroico. Pero todo el mundo sabe que esta resistencia a la esclavitud y a la muerte se prolonga desde hace meses y todos los que la han contemplado cara a cara, como se contempla un rostro de mujer, de niño o de hombre

maduro, saben que nada podrá romperlo ni hacerlo vacilar.

La firmeza de España, lo mismo en Madrid que en el más humilde pueblo, es algo inimaginable. Por todas partes se oye, aún sin necesidad de pronunciarla, la frase que enseñamos al mundo, hace más de un siglo: libertad o muerte. Y como en todos los momentos de locura heroica, son los niños quienes demuestran con mayor evidencia los sentimientos profundos de todo un pueblo: puñitos en alto a la entrada de todas las aldeas, pequeños corazones insensibles al peligro...

La unanimidad de la España republicana en contra de esta guerra es un hecho. El que viene de allí no puede ponerlo en duda. Si el orden se derrumbara en España, si nuevas conmociones sumieran en nuevas desgracias al país, sólo podría ser por culpa de la guerra, nunca por razones profundas, inherentes a la constitución misma de España. Para explicarme con mayor claridad, diré que las oposiciones existentes en España — bien opongan las diferentes fracciones izquierdistas entre ellas o las izquierdas a las derechas — no parecen arrastrar fatalmente consigo una interminable efusión de sangre. España ha encontrado fuerza para dominar esas contradicciones. Anticipo aquí una idea que contradice las ya comúnmente aceptadas. Se admite que España está entregada a la fatalidad de la violencia y que nada podrá romper esta fatalidad. Yo creo, al contrario, que la España republicana ha realizado una experiencia tan profunda que puede escaparse de esa pseudo-fatalidad. Quizá el porvenir parezca quitarme la razón. Pero estoy seguro que España no recaerá en la violencia y el caos por ella misma, sino por la guerra que sostiene y por los elementos perturbadores que esta guerra introduce en su vida.

Por ahora, toda España, con Madrid a la cabeza, lucha contra la guerra y resiste a la guerra, tanto con la apacible sonrisa de sus muchachas y las canciones de sus niños, como con el esfuerzo de su ejército, hoy reorganizado y de día en día más aguerrido y más fuerte.

¿El valor de este ejército y la resolución del pueblo, bastarán para echar la guerra fuera de España? Lo espero con todas mis fuerzas. Lo creo más cuando pienso en todo lo que he visto allí. Pero es imposible tener la certidumbre de ello, porque la decisión depende de Alemania y de Italia, es decir, en definitiva, de nosotros mismos.

Lo que quiero afirmar aquí, es que la guerra de España no es ya una guerra civil entre españoles, ni es, tampoco, una verdadera guerra internacional. Es la lucha de España contra la guerra, venida de fuera e instalada sobre su suelo, y esta lucha viene a ser ante todo, por esto mismo, porque es una resistencia, la más estoica afirmación de la alegría y de la vida.

(Continuará.)

**He aquí un título de la prensa facciosa, que sobrepasa nuestra capacidad de asombro: «Frente a la barbarie destructora de los rojos, frente a los incendiarios marxistas españoles, los moros se levantan como paladines de la civilización española». («Heraldo de Aragón», 30 Noviembre. Crónica firmada por Enrique de Angulo, de la Agencia Logos).**

(«Mañana». - Barcelona, 8-XII-37).



# Estévez y el fusilamiento de los estudiantes

En noviembre del año de 1871 fueron pasados por las armas en la Habana ocho jovencitos, estudiantes de Medicina. Días antes apareció el cristal que guardaba la lápida del nicho donde estaba enterrado un periodista español bravucón y patrioter, enemigo de las libertades, aun de las más mínimas, que se otorgaban a la llamada Gran Antilla, considerada y tratada como una colonia. La memoria de este periodista muerto en un desafío, la convirtieron en mito los voluntarios tan bravucones y patrioter como él y como él enemigos de toda concesión a la colonia.

Entre los voluntarios produjo ira la que consideraron profanación de la sepultura del periodista e insulto a la patria.

¿En qué consistió la tal profanación? Según unos, en haber rayado con el diamante de una sortija el cristal del nicho; según otros, en haberle ensuciado. Un desahogo juvenil, nada, poca cosa. No lo tomaron así los voluntarios; antes demostraron la más ruda ferocidad, gritaron ¡venganza! y aprehendieron a una porción de estudiantes, pues pronto se supo que de la Facultad de Medicina habían salido los autores de la fechoría.

Y no colmó su prisión a la fiera, siguió gritando ¡venganza!, y llegó al extremo de pedir treinta o cuarenta cabezas. Había que lavar en sangre—decían aquellos bárbaros—la injuria a la Patria.

Absueltos los culpables gracias al espíritu de justicia de los militares que formaban el Consejo de Guerra, emplearon todo género de coacciones los voluntarios hasta conseguir la formación de otro Consejo de Guerra, constituido una mitad por voluntarios y la otra por militares. A ese Consejo se volvió a someter a los estudiantes, a ocho de los cuales, después de muchos regateos, se les condenó a pena de muerte.

La bárbara sentencia fué firmada, en ausencia del Capitán General, conde de Valmaseda, por el segundo cabo, y la milicia de voluntarios exigió el rápido cumplimiento de la sentencia.

¡Y se cumplió! Estaba el capitán de infantería don Nicolás Estévez Morphi en el café del Louvre, y al oír la descarga preguntó: «¿Qué es eso? —¡Que fusilan a los estudiantes!», le respondió un camarero. Al oírlo se indignó, gritó, pateó, se puso frenético y hubo que esconderle para que no le oyeran los que volvían gritando del campo de la ejecución, y luego de sujetarle y ocultarle hubo que llamar a un médico, que le sangró y le libertó de un ataque cerebral.

Estévez se salvó física, pero no intelectual ni moralmente. «No quiero—dijo—seguir perteneciendo

a un ejército que concede, sujeto a la teoría del mal menor, ocho vidas a la chusma de voluntarios, explotadores viles de Cuba.» Y pidió la licencia absoluta y rompió su espada.

Se fué, ya paisano, de la isla de Cuba, y, tras breve estancia en los Estados Unidos, tornó a España, donde sin cometer un abuso de confianza por no ser militar, pudo ya conspirar por la República y la federación, lo que nunca hizo, a pesar de sus firmes convicciones, mientras perteneció al ejército.

Ya en su patria, levanta partidas en Despeñaperros y no cesa de conspirar contra el reinado de don Amadeo. Proclamada la República el 11 de febrero, la sirve, a las órdenes de Pi y Margall, en el Gobierno civil de Madrid y luego en el Ministerio de la Guerra.

Diremos algo más de Estévez, pues ya—¡se olvida tan pronto!—se le desconoce.

Era, como Galdós, como Guimerá, como el Presidente del Consejo de Ministros, Dr. Negrín, natural de Canarias. Como militar, mereció galardones en África; como escritor, merece lauros. El libro «Fragmentos de mis memorias» es un dechado de amenidad y gracia. Representó en las Cortes a Madrid cuando la primera República, y a Madrid representó también como diputado en 1910.

Vivía cual un estudiante en la capital de España, como un joven aprendiz de literato en la de Francia; en la Editorial Garnier de París trabajaba para vivir, pues había renunciado a la cesantía de ministro. En París falleció en agosto de 1914, a poco de estallar la guerra.

Una lápida recuerda en la portada del café del Louvre de la Habana la actitud de don Nicolás Estévez el día que los voluntarios fusilaron a ocho estudiantes de Medicina. Con esa su actitud reivindicó el honor nacional que los voluntarios mancharon de sangre.

Ahora que se han cambiado saluciones recordatorias de aquel infausto lance entre autoridades y personajes de las dos Repúblicas, la Española y la Cubana, me parece obligado evocar la memoria del republicano federal español don Nicolás Estévez, que, al renunciar a su grado y a su carrera militar por no conservar ni el más débil lazo de unión con los fusiladores de los jovencitos casi niños, sancionada con la pena de muerte una simple falta, desvaneció la sombra que empañaba el honor del ejército y el buen nombre de España.

ROBERTO CASTROVIDO  
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

# Una conversación con el señor Ruiz Vilaplana

El autor de «Doy fe...», Antonio Ruiz Vilaplana, después de permanecer unos días en Barcelona, ha expuesto en conversación particular algunos puntos de vista que ofrecemos a la curiosidad del lector.

Ruiz Vilaplana es de origen catalán, y ejerció el periodismo en Madrid, antes de ser nombrado secretario judicial de Burgos. No quiere hacer declaraciones. Prefiere narrar hechos en los libros, y por esto a «Un año de actuación en la España nacionalista», seguramente seguirán otros no menos sensacionales.

Mas, oigamos sus propias palabras:

—Por fin puedo decir que soy de Barcelona, cosa que he tenido que ocultar cuidadosamente durante más de un año, porque en el campo faccioso decir que es uno catalán y resultar un sujeto peligroso, es todo una misma cosa.

—¿A qué es debido que abandonara el campo rebelde?

—Nadie que tenga un concepto, por pequeño que sea, de la honradez y de la justicia, puede permanecer en aquel territorio. Durante más de un año he tenido que hacer esfuerzos enormes para no traicionarme, porque comprenderá fácilmente que no sentía ningún deseo de ser fusilado. Desde que me di cuenta de lo que era aquello, que no era más que una escuela de injusticias y de crímenes; un régimen absurdo que no era otra cosa que una invasión extranjera, una humillación constante, todo mi afán era marchar. Yo tenía que coordinar mi deseo con las posibilidades de realizarlo. Durante un mes no hice otra cosa que pensar qué podía

hacer para irme. Pensaba marchar por Portugal, pero son muchos los que he visto volver allá, custodiados por una parte de la guardia civil y esposados.

Es cierto que he presenciado casos muy buenos, de los que al campo rebelde, a la España orden, como muchos la nombran, y se encuentran que en la frontera les quitan todo su dinero, después, al cabo de algún tiempo los llaman de Hacienda y les devuelven.

—Estos billetes de la serie y de los números tal y cual, son válidos y, por lo tanto, los bremos de dejarlos en sus manos hasta que tomemos Madrid, y entonces ya lo discutiremos. Ellos es despojarlos. La toma de Madrid es tan lejana, incluso para ellos...

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Yo he venido a la España republicana a conocer lo que es. En todas partes he encontrado atenciones y facilidades. Pueden muy bien imaginar, después de un año de oír decir y más cosas, uno se siente fluído por la serie de mentiras que le han sido dichas. Quien ahora visitar la España leal, visitar Madrid, los frentes, hacermelo cargo de todos los hombres que he oído contar y que he llegado a formar un ambiente el que yo me he sentido mezclado.

Cuando haya visto todo esto, ¿qué haré? Yo mismo lo ignoro. Tengo un pasaporte en regla para marchar cuando me convenga. He venido a ver y estoy viendo. Después es posible que escriba otras cosas; de las que he visto allá y de las que he visto aquí. («La Vanguardia». Barcelona 8-XII-37.)

# Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin  
(Continuación)

Cuando comenzaron las hostilidades en Etiopía, el fascismo tuvo la ilusión de poder anular, de una vez, la oposición, sobre todo la proletaria, decretando la movilización industrial, lo que le permitía, para asegurar la más estricta disciplina en el trabajo, hacer extensiva a las fábricas la aplicación del Código penal militar durante la guerra. Pero nunca fué la agitación antifascista más intensa, ni las deserciones del ejército más frecuentes que en los meses que transcurrieron desde la entrada en vigor de esta medida.

El 1.º de marzo de 1937, siete meses después de la terminación oficial de la guerra de África, el Gran Consejo Fascista se vió obligado — sin duda para expresar mejor su confianza en el poder de atracción de la ideología de que era guardián — a prorrogar por cinco años la validez de las disposiciones que acabo de recordar, y ordenar, por otra parte, la militarización íntegra de la nación, de los 18 a los 55 años, por medio de llamamientos periódicos de las clases movilizadas.

El antifascismo operante en Italia no se ha limitado, de todas maneras, a ejercer, bajo el imperio de las leyes especiales, una actividad de carácter estrictamente clandestino. Atento siempre a las menores faltas del adversario, no desperdició ninguna ocasión, aunque fuese dudosa, para llevar a terreno legal su campaña de oposición, esforzándose en particular — a veces con buen éxito — por cazar a los propagandistas del corporativismo, del obrerismo nacionalista, en sus propias trampas demagógicas.

En este dominio, pertenece al partido comunista el mérito de haber emprendido la batalla y de haber lanzado, según las circunstancias, los gritos de unión apropiados. La acción así ejercida sobre las masas fué

notable, tanto por su significación como por los resultados que permite esperar, y sirvió poderosamente para mantener vivo en el proletariado el sentido de su misión histórica y la conciencia de las oposiciones y de las solidaridades irreductibles que mantienen su unidad como clase.

Todos los movimientos que pudieron idearse en Italia, durante los últimos tiempos, en el seno de las organizaciones obreras o campesinas para la mejora de las condiciones de trabajo o para la manifestación colectiva de una exigencia general de orden político, hallaron en los centros revolucionarios que actúan en el país su inspiración y sus consignas: tal la campaña, que duró más de seis años, para la abolición del sistema Bedeaux; tales las luchas sostenidas en 1927 y 1928 para oponer resistencia a las medidas de reducción de los sueldos, consecutivas a la estabilización de la lira; tal la acción llevada a cabo por los obreros metalúrgicos para imponer la unificación de salarios; tales las agitaciones periódicas de los obreros agrícolas para la conquista de un contrato de trabajo menos opresivo; tales, en fin, las protestas contra la guerra de Etiopía y contra la intervención del fascismo en España.

Esta obra incansable, de la cual sólo cabe aquí esbozar las líneas generales, si se piensa en las dificultades con que tropezó para proseguirlas, no puede evocarse sin emoción y sin orgullo por quienquiera que guarde indefectible en el fondo de su corazón su fe en el pueblo italiano, su confianza en la potencia constructiva de la revolución que no se cansa de preparar en silencio y que sabrá realizar un día que no está, tal vez, demasiado lejano.

Con la promulgación de las leyes excepcionales, el fascismo — en su ingenua creencia en las virtudes milagrosas de la violencia — esperaba no sólo romper y dispersar las fuerzas de la oposición organizadas y activas en el seno mismo de los cuadros, que consideraba impermeables, en los cuales se elabora y se desarrolla la vida política nacional, sino también ahogar en su origen toda veleidad de propagación de la actividad antifascista en el extranjero.

Muchas medidas entre las más características, cuya inspiración se remonta al periodo comprendido entre noviembre de 1926 y noviembre de 1927, en que maduró el sueño insensato, el sueño grotesco de la domesticación íntegra, instantánea y definitiva, de todos los italianos bajo el dominio de los fascios, están par-

ticularmente dirigidas contra los «sin patria» que, cruzar las fronteras del Estado, podían caer en la tentación de creer que la justicia de la dictadura mussoliniana se detendría, como la de cualquier otro régimen, ante un miserable límite de orden territorial.

No necesito recordar estas medidas: la destrucción, la confiscación de los bienes de los ciudadanos privados de su nacionalidad; la elaboración — decir verdad extremadamente penosa — de la «figura» extravagante del «crimen a distancia», acogida en el nuevo código penal para consagrar el axioma del derecho fascista: a saber, que

...la jurisdicción penal representa uno de los deberes más altos y más celosos de la soberanía y que, por tanto, cuando el orden jurídico del Estado ha sido violado por la ejecución, siquiera sea parcial, de un crimen, no deben existir límites o condiciones para la aplicación de la ley penal territorial;

es, por último, el reclutamiento al servicio de los consulados, de partidas de provocadores, de vengadores de asesinos.

Los órganos encargados de vigilar la conducta de los italianos en el extranjero no retrocedieron ante ninguna hazaña represiva por impúdica que fuese; confiando fundamentalmente en la «prudencia», que se ha hecho proverbial, de las antiguas democracias, se condujeron siempre, en el exterior, de la misma forma que la política especializada, a las órdenes de la Ombra se conducía en el interior.

En 1930, inspirados sin duda por las proezas de los kidnapers americanos e ingleses, llegaron hasta a organizar, en territorio suizo y con absoluta impunidad, el secuestro de Cesare Rossi, ex cómplice de Duce y de De Bono — convertido después en asesino — en el asesinato de Matteotti y su comparecencia ante el Tribunal especial.

Y sin embargo tanto encarnizamiento en la persecución de esta obra agotadora de extirpación radical de las malas hierbas del antifascismo extendidas por el mundo entero por la tempestad de la gran revolución imperial, estuvo muy lejos de recompensar a aquellos que consagraron a ella todos sus esfuerzos.

(Continúa)

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE